

¿Y nosotros, cuando tendremos derecho a decidir?

Joaquín Esteban Cava
Coordinador de la revista



Si de algo podemos presumir en la Sierra de Cuenca es de naturaleza. En otros lugares hay parajes preciosos, pero quien quiera que apueste con los nuestros. Tenemos el valor añadido de que nuestra pobreza –traducido este concepto como escasez de especuladores– nos ha permitido llegar hasta hoy con muy pocos atentados importantes al medio natural que conocieron y cuidaron los antepasados: Esta es una señal importante de identidad.

La forma de explotación de la tierra varió radicalmente en los años sesenta del siglo pasado. Lo he explicado más veces en esta misma y en otras columnas: Los gobiernos tecnócratas del dictador Franco eligieron vaciar la Castilla agrícola y ganadera para trasladarla a regiones que llamaron Polos de Desarrollo. El desarrollo consistía en concentrar la inversión en infraestructuras en unos pocos lugares, a donde dirigir luego la industria incipiente y obligar a la población discriminada a moverse hacia las regiones favorecidas.

Más allá de los precarios empleos que obtuvo en la industria una parte de la población trasladada de hábitat –al menos la tercera parte de la España profunda–, el gran negocio consistió en darles ocupación en las promociones de vivienda que, en barrios marginales, se construían para que los mismos emigrantes las compraran. Este masivo traslado de población fue el primero y más importante negocio inmobiliario con el que España sorteó una de sus varias crisis económicas del último siglo. Luego ha habido otras, pero incluso la última no tuvo la trascendencia en cuanto a desequilibrio territorial que tuvo la que refiero cuando los años sesenta.

Cuenca, en general, y nuestro pueblo, Masegosa, en particular, sufrimos en carne propia el lento emigrar de paisanos y amigos. Muchos acabaron viviendo en los barrios de Atocha o Carabanchel, de Madrid; otros en La Ciudad Fallera o el Barrio del Cementerio, de Valencia; y además de en ciudades como Zaragoza, una mayoría acabó en Sant Adrià de Besòs, Santa Coloma de Gramenet, Badalona, u otras poblaciones de Cataluña.

Ahora, la primera generación de emigrantes –incluido yo, que vivo y trabajo en la capital de la provincia y no en el pueblo donde nací–, mantenemos un techo (segunda residencia) a donde venimos y vienen gozosos nuestros hijos –segunda generación, nacida ya fuera–. En Masegosa, nuestra asociación, Mansiegona, se lo ha currado y ha potenciado vínculos: Por si nadie más lo dice, vaya la enhorabuena.

Más allá de la política escatológica que rige estos tiempos turbios, desde Cuenca –creo que la penúltima provincia más pobre de España, pero una de las más ricas en valores naturales–, podemos poner el ejemplo de nuestro pueblo cuando nos juntamos los unos y los otros: Disfrutamos de esa naturaleza exuberante que nos rodea y nos embriaga, y, en la convivencia, practicamos tolerancia y respeto.

Tal vez la tercera parte de quienes nacieron y no pacen en Cuenca, y por reducción en Masegosa, viven en Cataluña. Ahora, el nacionalismo catalán ha echado un órdago a España y, por extensión, a los emigrantes y sus hijos, a quienes los tecnócratas de los gobiernos opusdeistas de Franco lanzaron a la emigración interior. Si ganan el órdago aquellos –los nacionalistas– deberán participar del derecho a decidir quienes tienen un pie en cada sitio: entre otros, varios de los miembros de la directiva de nuestra asociación.

No pienso decir aquí más allá de lo que todos los que me conocen saben: que respeto todas las opciones que libremente se acuerden en el marco de una sociedad jurídicamente democrática.

Pero quiero concluir con una idea, expresada desde Cuenca y, como pueblerino, desde Masegosa: Somos una de las provincias más ninguneadas de España, pobre entre las pobres –la última y casi única inversión que nos ofrecen es la de recibir el cementerio radiactivo, bomba atómica con capacidad de ser activa en unos diez mil años–, y, por tópico mediático, además partícipes del centralismo.

¿Alguna vez tendremos güevos para decir en voz alta que el autentico agravio se da cuando los ricos –o, mejor, los gobernantes de regiones ricas–, jugando el papel de víctimas, nos discuten el derecho a la solidaria distribución de los tributos que se pagan en la vieja nación española?

Carta al director

Hola, Joaquín.

En primer lugar darte las gracias por tus artículos, en especial por el dedicado a nuestra asociación y a nuestro querido Valtablado de Beteta. Quiero comentarte una cosa que, aunque no parezca importante, para nosotros sí que lo es: En Añoranza y recuperación, página 43 de la última publicación de la revista, pone «un grupo de valsalobreños», y somos valtableños todos. Sobre los que subimos el día de la Virgen del Rosario, y en la siguiente página, cuando se dice «finalmente, quiero citar a los valsalobreños...» es otra vez «valtableños». Lo siento pero no es lo mismo, aunque muchos de los valtableños descendemos de Valsalobre o incluso algunos ahora son residentes allí. Es más correcto para el recuerdo nombrarnos por el gentilicio que un día nos dio nuestra identidad como vecinos de Valtablado de Beteta.

Una vez más, muchas gracias y un abrazo a todos los que hacéis posible esta excelente publicación.

Elena Sanz Mora.

Secretaria de la Asociación El Rinconcillo de Valtablado.



Valtableños recogiendo la cosecha. Años 50.